MEDITACIÓN

LA MUERTE NO ES EL FINAL

Dijo Jesús: «Yo soy la Resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá».

Papá, hace ya algo más de dos meses de tu partida. Todos te echamos de menos, especialmente la abuela Isabel y yo. Tu madre es una mujer dura, valiente y fuerte, como lo fue y como lo sigue siendo la Virgen de la Esperanza, nuestra Madre allí donde tú estás.

Aquí la vida marcha rápido y hay veces que parece que nada ha cambiado. Pero no es así. El tiempo recorre cada suspiro. Cada instante es como un destello fugaz que se nos escapa de las manos. Todo sigue igual y, a la vez, todo ha sido alterado.

Papá, fue difícil aceptarlo, todavía lo es.

El Domingo de Ramos, cuando fui a San Roque, te busqué, busqué tus ojos azules entre los nazarenos. Busqué tus pies descalzos, muestra de la promesa que un día hizo tu padre. Busqué tus manos de guitarrista. Te busqué por todas partes, pero no te encontré.   
El Martes Santo, en la Estación de Penitencia, salí pendiente de ti en cada calle. Salí para seguir buscándote en cada persona que esperaba.

Te esperé con ansias en la calle San Fernando, donde siempre nos veíamos. Tú me traías algún dulce y yo te lo cambiaba por una estampita para la abuela.

Pero este año no te encontré.

Vine a la Basílica con mi madre, ya que este año no pudimos ver a la Madre de Dios y a su Bendito Hijo por la calle Feria, y tampoco te llamé a la salida para contarte que le había rezado a la Virgen para que el año que viene nos diera un poquito de Salud para volver al mismo sitio la mañana del Viernes Santo. No te encontré.

¿Y sabes una cosa?

No te encontré porque ahora eres como la FE. No te puedo ver como eras antes, pero te puedo sentir y apreciar de otra manera en otras personas y en otros detalles.

Papá, te has ido al cielo con el Señor de la Sentencia, pero te has ido regalando vida. Primero me la diste a mí y ahora se la has dado a muchas personas que lo necesitaban.

Papá, con tu paso a la vida eterna, me has puesto en el camino a una nueva familia, liderada por el doctor Pérez Bernal. Me has hecho descubrir una FAMILIA DE LUZ que me está ayudando a buscarte en los lugares en los que estás ahora.

Pepe es un ángel que ha mandado el Señor de la Sentencia y la Virgen para que inunde y nos llene de ESPERANZA a todos los que tenemos la suerte de dar con él.

¡Ay, papá! ¡Cuánto bien has hecho! ¡Cuánto has dejado aquí!

¡Es verdad! Dios se hizo hombre, murió por nosotros y resucitó. Tú has resucitado y has pasado a la vida eterna, no sin antes dejar tus órganos para otros hermanos que necesitaban un trasplante.

No sé cuántos han sido. Lo que sí sé es que te veo en todos los seres de luz que conforma esta familia. Estás en tu amiga Paca y en su hija Águeda, trasplantada de corazón. Estás en Carmen, en Antonio, en Paco, en Marianela, en Ana, en Juanma. Estás en Eli, en la madre de Curro, en Elvira... Estás en esta familia de luz que, liderada por Pepe, enciende una vela por esta causa tan bonita que es la vida.

Porque la muerte no es el final.

La muerte no tiene la última palabra, ya que el amor traspasa y sobrepasa todo.

¡Aleluya, papá! Que el Señor ha resucitado y tú te has ido con él regalando vida y dejando pedacitos de ti, para que otros ángeles, llamados sanitarios, pudieran trasladar lo que ya no necesitabas en el cielo. Allí no nos llevamos nada, excepto una cosa: el AMOR.

Papá, sin saberlo, nuestras últimas palabras fueron «TE QUIERO».

Nuestro amor, tus recuerdos y tu nueva forma de ser serán eternos.

Papá, te encantaba la marcha *Esperanza Macarena* y siempre tarareabas su final. Esta Semana Santa me has dicho «te quiero» a través de la música: cada vez que veía un paso de palio, era la marcha que tocaban.

Papá, tu muerte no es el final, y en mí se queda un corazón gozoso, lleno de amor, de ternura y de ímpetu por contar tu historia, nuestra historia. Por contar que se le ganó a la muerte, porque ante la posibilidad de donar tus órganos, tu médula y tu sangre, dije: «SÍ, SÍ A LA VIDA. SÍ A LA DONACIÓN». Porque, con este gesto, la vida eterna es aún más eterna si cabe.

En los donantes. En los trasplantados. En cada «DAR PARA RECIBIR». En mi corazón por siempre. Ahí estás tú.

Papá, la muerte no es el final.